

Continuación de la 42ª sesión ordinaria el 21 de septiembre de 1899

PRESIDENCIA DEL DOCTOR QUIRNO COSTA

SUMARIO: I.—Asuntos entrados.

II.—Aprobación, sobre tablas, del proyecto del Poder Ejecutivo, destinando cien mil pesos á la defensa del país contra la peste bubónica.

III.—Elección de Presidente Provisorio de la República, para caso de acefalía. Recae en el teniente general Mitre.

IV.—Sanción, sobre tablas, del proyecto en revisión, despachado por la Comisión de Negocios Constitucionales, sobre intervención en la Provincia de Buenos Aires.

V.—Continúa la consideración de los proyectos financieros.

Señores senadores En Buenos Aires, á los

Anadón
Aparicio
Barbeito
Barraza
Benegas
Cané
Córdoba
Carbó
De la Torre
Díaz
Doncel
Figueroa (F. C.)
Figueroa Alcora
Gálvez
García (A. P.)
García (F. L.)
Guñazú
Igarzábal
Mantilla
Maciá
Mendoza
Morón
Pellegrini
Uriburu
Virasoro
Zavalia

veintiún días del mes de septiembre de mil ochocientos noventa y nueve, reunidos en su sala de sesiones el señor Presidente y los señores senadores al margen consignados, con inasistencia de los señores Pérez con licencia, y Avellaneda, Herrera y Mitre con aviso, dice el

Sr. Presidente — Continúa la sesión.

Se va á dar cuenta de los asuntos entrados.

I

COMUNICACIONES OFICIALES

La Cámara de Diputados remite, para su sanción, los siguientes proyectos de ley.

1º—Autorizando al Poder Ejecutivo para contratar

con los señores Lavalle y Muñoz la construcción de la tercera sección del conducto de desagüe.

—A la Comisión del Interior.

2º—Concediendo á los señores Bemberg, Esquivel y C^a, la construcción de una línea férrea que, arrancando de la estación Venado Tuerto, Ferrocarril Sud de Santa Fe y Córdoba, empalme con el Ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico, en la estación Junín.

—A la misma.

PETICIONES PARTICULARES

El comité de adhesiones á los proyectos financieros, remite firmas recogidas en toda la República.

—A sus antecedentes.

Juan Pico de Ponsati solicita pensión Militar.

—A la Comisión de Guerra.

DESPACHO DE COMISIONES

La del Interior se ha expedido en la solicitud de los señores W. J. Corrales y C^a, solicitando autorización para construir una línea férrea desde el Paraná á Frontera de Bolivia.

títica; la evolución histórica del progreso institucional parece terminado. Si en vez de oponer diques á nuevas manifestaciones depresoras se las facilita, más lógico sería transformar las instituciones y llegar á otro sistema de gobierno. Pero mientras esto no suceda y tengamos por código político el de hoy, es inadmisibile para mí la intervención proyectada para Buenos Aires y por eso la repudio en nombre de la autonomía garantizada por nuestro sistema federonacional.

He dicho.

—Aplausos en la barra.

Sr. Presidente — Se va á votar si se aprueba en general el proyecto presentado por la Comisión.

—Así se hace y resulta afirmativa.

—En discusión en particular el artículo 1º.

Sr. Igarzábal — Por indicación de varios señores senadores, la Comisión de Negocios Constitucionales propone la substitución del artículo 1º por el que va á leer el señor secretario.

Sr. secretario (Leyendo)—«Artículo 1º —El Poder Ejecutivo proseguirá la intervención en la Provincia de Buenos Aires, decretada con fecha 28 de abril del presente año, hasta la definitiva instalación del Poder Legislativo».

Sr. Presidente—Se va á votar el artículo 1º en estos términos.

—Así se hace y se aprueba.

—Se aprueba igualmente, sin discusión, el resto del proyecto.

V

Sr. Presidente—Continúa la consideración de la orden del día. Tiene la palabra el señor senador por Salta.

Sr. Uriburu — Señor Presidente: en obsequio á la brevedad, voy á dar por terminada la exposición que me permití empezar en la sesión anterior, con excepción de dos puntos, que trataré muy brevemente para concluir. El primero es el tipo y el segundo el tesoro proyectado por el Poder Ejecutivo.

Pero antes de entrar en estos tópicos, me será permitido rebatir, no con palabras sino con cifras, una imputación

que se nos ha hecho y que la considero injusta. Se ha dicho que nosotros, al entrar en este debate, defendemos intereses inconfesables.

Los que tal cosa afirman no se dan cuenta de la magnitud de los intereses que nosotros estamos defendiendo en este recinto. Voy á demostrarlos tomando por base de mi raciocinio un libro, cuya autoridad no podemos desconocer.

El último censo, en el tomo tercero, nos da las siguientes cifras: ganadería, mil ciento cuarenta y cuatro millones; industria, cuatrocientos noventa y cuatro millones; agricultura, cuatrocientos setenta y tres millones; propiedad territorial, tres mil veintisiete millones, lo que da un total de cinco mil ciento cuarenta y ocho millones de pesos.

Esta enorme suma que representa una cantidad inmensa de intereses, es lo que nosotros atendemos en este debate.

No necesito decir más porque las cifras, en este caso, tienen una elocuencia muy superior á la del más hábil orador.

Ahora, señor Presidente, tomando por base estas mismas cifras, voy á entrar á analizar por qué razón he sostenido el tipo de doscientos cincuenta ó sea cuarenta centavos oro por cada peso papel, y no he aceptado el de cuarenta y cuatro centavos, señalado por el Poder Ejecutivo.

La diferencia que hay entre lo propuesto por el Poder Ejecutivo y lo propuesto por la minoría de la Comisión, es de cuarenta á cuarenta y cuatro, es decir, la diferencia es de diez por ciento, esto es, diez por ciento que el Poder Ejecutivo señala de menos, diez por ciento que yo señalo de más para todos los valores que constituyen la riqueza de nuestro país; y como esa riqueza, según consta del análisis alcanza á cinco mil ciento cuarenta y ocho millones, resulta que el diez por ciento que yo fijo de más importa quinientos catorce millones de pesos, y que lo que el Poder Ejecutivo nos propone representa quinientos catorce millones de menos en la apreciación de todas las propiedades del país.

Nosotros, al fijar el tipo, establecemos una medida, y esa medida es la que mide todos los valores del país.

Si todos esos valores importan cinco

mil ciento cuarenta y ocho millones, es lógico que lo que propone el Poder Ejecutivo deprima esos valores en quinientos catorce millones, y lo que propone la minoría de la Comisión aumenta esos valores en esa suma.

Pero, ¿por qué los aumenta, señor Presidente? Esta enorme masa de bienes que constituye la riqueza de nuestro país, por la valorización de la moneda ha sido deprimida, y la depreciación ha sido tan grande, que á ella le debemos la situación de crisis en que nos encontramos actualmente.

Si hemos de buscar una medida fija para detener la depreciación, esa medida fija debemos buscarla en un término medio que no deprima el haber nacional excesivamente más de lo que ha sido deprimido ya por la valorización de la moneda.

Así, pues, me parece, salvo que esté en error, que yo tengo razón en este caso, y pasaré á otra cosa.

He sostenido, señor Presidente, en este debate, que era á mi juicio una operación irrealizable la de la conversión proyectada por el Poder Ejecutivo; he sostenido que el tesoro en que esa operación debe reposar es una ilusión, y aún cuando no fuera una ilusión, es una estorsión dañosísima producida en el país, sin resultado eficaz de ningún género.

En cambio de esto, yo propongo que se fije el tipo apropiado para salvar completamente de los peligros que la situación actual tiene, y que, en vez de declarar conversiones ilusorias, lo que debemos hacer es fortificar el Banco de la Nación, repartir bien el crédito, favorecer la industria, el comercio y la riqueza general del país, haciéndolos producir más todavía, y por este medio conseguir que la moneda se valore y el país se salve; pero esta idea necesita una comprobación.

Yo tengo la idea, y al mismo tiempo voy á presentar el medio práctico de realizarla. Para esto necesito entrar á estudiar lo que es el crédito en nuestro país, lo que son y deben ser los bancos y cómo debe repartirse el crédito.

Comprendo que es tan vasto el plan que no me alcanzarían dos ni cinco sesiones, para poder desarrollar, punto

por punto estas cuestiones, y para no abusar de la paciencia del honorable Senado, voy á concentrar mi pensamiento todo lo posible y en vez de hacer un discurso, lo que haré será una sinopsis, en que vaya anotando ideas y comprobándolas.

Procediendo de este modo, lo primero que tenemos que pensar es cómo está formado nuestro cuerpo económico.

Felizmente, el mismo libro que he consultado antes, el censo, me da la fotografía exacta de tal manera, que no tengo más que determinar dónde están los miembros.

En primer lugar, tenemos el comercio, que según el censo, representa mil veintidós millones de pesos, incluyendo semovientes, mercaderías, inmuebles, etc., etc.

Este comercio, con relación al crédito, está perfectamente bien servido, porque los bancos encuentran más lucrativas y más fáciles las operaciones, que mueven más rápidamente el capital.

Por consiguiente, tenemos que, tanto los bancos particulares como el mismo Banco de la Nación, sirven mucho más eficazmente este ramo. Ya veremos las razones en que se funda.

Tenemos, después, cuatro importantísimos ramos que son, según el censo: mil ciento cuarenta y cuatro millones el comercio; las industrias, cuatrocientos noventa y cuatro millones; la agricultura, cuatrocientos setenta y tres millones, y tenemos además un factor que no ha sido bien tratado en el censo, pero que, sin embargo, tiene gran importancia: es el inmigrante.

Estos ramos importantísimos, que casi abrazan, puede decirse, la mayor parte de la riqueza nacional, ¿cómo están servidos respecto del crédito? ¿Están servidos tan bien como el comercio? No, señor Presidente.

La producción necesita de crédito que lentamente se amortice, que le facilite todos los elementos para desenvolverse en calma. La mejora de la ganadería exige un capital de muy lento reembolso y sus operaciones ordinarias requieren muchos meses antes de poder liquidar. El industrial tiene una doble exigencia de capital con que luchar: la ampliación de su capital fijo y la que re-

quiere el movimiento de sus elaboraciones y venta de productos. La agricultura está en análogas condiciones, que no se avienen con las limitaciones propias del crédito comercial. Consideremos también el inmigrante: he ahí un factor que, á mi juicio, es el primero para hacer la grandeza de nuestro país. El inmigrante viene de Europa; es una máquina para el trabajo reproductivo, es el hombre á quien la miseria ha obligado á desarrollar todas sus facultades. Viene con un oficio: es agricultor, zapatero, mecánico, etc.; en fin, es una máquina que viene preparada para el trabajo. ¿Cómo anda esa máquina? ¿Necesita un motor? ¿Ese motor cuál es? El capital.

¿Cómo es posible hacer que este pobre inmigrante reciba un crédito de carácter puramente comercial y que pueda atender honorablemente á su vencimiento premioso?

Si nosotros no pensamos en el medio de proteger al inmigrante, dándole el capital que precisa para que produzca todo lo que debe producir, indudablemente conspiraremos en contra del progreso y del engrandecimiento del país.

Así tenemos, señor Presidente, que de todos estos grupos que constituyen nuestro cuerpo político, uno está perfectamente bien servido en materia de crédito, es el comercio, y los cuatro restantes, que son la mayor parte, están mal servidos porque no hay institución ninguna que atienda su necesidad primordial.

A propósito de esto, en mis estudios, no sólo teóricos sino prácticos, he encontrado que no ha creado el hombre sistema bancario más grande, más perfecto que el que tiene Escocia. Los bancos de Escocia, dirigidos con una inteligencia admirable, ubicados en toda la ciudad, en todos los barrios, en todas las calles, pasando á la campaña, colocándose en medio de los villorrios, de las aldeas, de las cabañas, es en todas partes una palanca poderosísima para producir la grandeza de aquel pueblo.

Ubicado de este modo, recoge, desde el palacio hasta la cabaña, todas las pequeñas partículas de capital de economía, de trabajo, aglomera por este medio masas cuantiosas de capital que distribuye, ¿cómo señor Presidente? No

lo distribuye, exigiendo que se haga un testamento para conceder el crédito, sino un certificado de *vita et moribus*.

No lo presta hiriendo el crédito y muchas veces la dignidad del que solicita. ¡No! Lo presta de un modo distinto: es un préstamo personal, eficaz. El banquero está en contacto con el individuo que pide, aprecia su inteligencia, su labor, su moralidad, moviendo y robusteciendo así el primer factor de la producción. Y este modo de repartir el crédito en Escocia, ha transformado una tierra, naturalmente estéril y abrupta, en una de las más ricas y productivas de Europa.

Cuando yo pensaba en esto, señor, decía: si estas maravillas ha producido ese sistema bancario, si con el aliento poderosísimo del crédito personal se ha hecho esa transformación en ese país, ¿qué sería del nuestro si nosotros pudiéramos fecundar de igual modo esta tierra tan grande tan rica, si pudiéramos distribuir el crédito directo á la producción en las fuentes inagotables de riquezas que tiene nuestro país tan inexplorado todavía?

Yo pensaba acertadamente, me parece; y, aunque esto se llame una locura, yo creo que estaba en la verdad, y no sólo recordaba á los bancos de Escocia; á mi espíritu se presentaba el recuerdo de la acción ejercitada por el Banco de la Provincia. Y al nombrarlo, cualquiera me hará esta objeción: «Pero, ese es un banco en ruínas; esa especie de cadáver financiero, será siempre un argumento contra los que quieren desautorizar su ejemplo. No; aún en los sepulcros de los grandes, aún en un sepulcro que representa la nada, se puede aprender alguna verdad y admirar alguna gloria.

Ese banco, postrado completamente ahora, representa actualmente y representará después, el factor más poderoso del progreso argentino. Representó, como los bancos de Escocia, el crédito nacional, distribuido paternalmente: ayudando al que no tiene, dándole capital para que produzca.

Siento, señor, no tener tiempo para extenderme algo más sobre este punto.

Y ahora vengamos al Banco de la Nación. Este banco, de creación prodigiosa, y lo digo con toda verdad, ha sido creado en un momento de difi-

cultades. A ese banco se ha atribuido una atingencia casi absolutamente comercial. ¿Por qué? Porque, como he dicho antes, las operaciones comerciales tienen las grandísimas ventajas de producir más. No se puede nunca equiparar con esta especie de préstamo de lento reembolso, el que, sin embargo, para países como el nuestro, representa la forma más necesaria, y como los bancos particulares no pueden de ninguna manera entrar en este orden de cosas, el único que puede atenderlo es el Estado.

Este banco, creado de acuerdo con lo dispuesto por la Constitución, debía tener la misión, no exclusiva, pero sí la de satisfacer estas necesidades sociales,

En verdad, señor, que cualquiera podría objetarme: ¿pero este pensamiento que sostiene la minoría de la Comisión no podría poner en conflicto esa institución que todavía no está del todo cimentada, no debilitaría su poder y haría peligrar su existencia en el futuro? Yo sostengo, señor Presidente, que no, que mi objeto es fortalecerlo. En vez de crear ese tesoro que, á mi juicio, es improductivo é infecundo, quiero llevar todos los recursos de la Nación que podamos recoger, y depositarlo en las cajas de los bancos y hacer que tenga un capital doble del que tiene y dividirlo como está dividida la naturaleza de nuestras necesidades económicas: dar una parte para sostener el comercio y dar otra para auxiliar la agricultura, la ganadería y las industrias.

Así, pues, yo no conspiro contra el banco; lo que quiero es hacerlo grande y poderoso, á fin de que sea una ayuda eficaz para el país y el hecho es posible.

Como he dicho, este proyecto no puede crear dificultad ninguna al Banco de la Nación.

Los fondos del empréstito interno que yo dedico á este tesoro que debe proteger la industria están parados en las cajas del banco: no sirven ningún interés; por consiguiente, no se le hace un daño al banco en darles movilidad.

Luego tenemos el 50 % de los depósitos judiciales y cajas de ahorros.

He calculado que estos fondos son casi inamovibles: la historia de todos estos bancos, prueba que las cajas de aho-

rrros van, aunque lentamente, siempre en aumento, sin que el retiro de esos capitales ponga nunca en peligro esos depósitos.

Entonces, tomo la mitad de esos depósitos que, á mi juicio son inamovibles, y los aplico á este procedimiento de largos reembolsos.

Por consiguiente, no hay peligro de ninguna clase, puesto que la mitad de esos recursos van al fondo comercial que tiene gran movimiento, y que pueden necesitarse á cada momento.

Luego tenemos esos depósitos y los judiciales, todavía más estables, que forman un fondo casi permanente.

Estas dos partidas forman un total de diecisiete millones quinientos mil pesos, más doce millones, que son treinta millones, que podrá el banco, sin violencia de ninguna clase, dedicar á estos servicios.

Además tendremos lo que produzca la liquidación del Banco Nacional, pero no una liquidación forzada como la proyectada por el Poder Ejecutivo, sino una liquidación que debe hacerse dentro de las condiciones regulares, sin forzar una venta que desvalore el precio ó arruine á todas las provincias que tienen propiedades afectadas.

El fondo que proyecto tendrá cuarenta y tantos millones, y por tanto, una base amplia para principiar los servicios de crédito industrial que garantizan la estabilidad de la moneda—por el desarrollo de la riqueza del país, de acuerdo con el mecanismo de la oficina de cambio—aceptada por la minoría; esto es, pues, factible.

Ahora examinemos rápidamente las bases principales que he formulado en el proyecto número dos.

El artículo 4° que señala la amortización del cinco por ciento, responde al propósito que acabo de indicar y que es, de seguro, conveniente para el país.

Yo he pensado, sin haberlo determinado expresamente en el proyecto—por temor de chocar contra las costumbres— que el crédito más conveniente para proteger á la ganadería y á la agricultura sería el establecer una amortización progresiva, por pequeñas partes al principio, y que fuera aumentando á medida que se fuera cancelan-

do. Esto tendría mayores ventajas, y es posible que el Poder Ejecutivo lo pueda hacer después de sancionados estos proyectos.

El artículo 5° de este proyecto ordena al banco convertir sus reservas á oro para operar en los cambios, ó mejor dicho vales á oro.

Esa forma es necesaria: primero, porque las operaciones de cambio es un medio de dominar el mercado; y segundo porque actualmente los bancos particulares, sin necesidad de una ley, hacen una verdadera emisión de conformes y ella es necesaria porque facilita las transacciones.

Pero esta facultad que actualmente se tolera, sin regla ninguna, puede convertirse, en un momento de crisis, en un grave peligro para el país. Es mucho mejor que esa facultad la tenga el banco, y sea regulada por la acción del Gobierno. Por el artículo 6° doy amplitud á un principio que ya estaba establecido en la ley de bancos: el redescuento. La ley de fundación del banco lo permite, pero con una limitación de 500.000 pesos. Yo lo hago enteramente libre, y con esta operación tengo la esperanza de que podamos fundar bancos de la índole de los de Escocia.

El redescuento auna la acción particular para la formación de pequeños bancos que favorecen y amplían la distribución del crédito.

Por este medio, el Banco de la Nación abandona este género de préstamos, tal cual lo hace hoy, lleno de peligros, y que para un banco de estado los tiene aún mayores, porque cuando la política entra en esos préstamos se producen desastres como los que otras veces hemos visto. Entonces el banco, en vez de hacer préstamos pequeños directamente, entrará á favorecer la acción de estos bancos que llevarán el crédito á todos los ámbitos de la República; y esto tiene grandísima importancia.

El artículo 8° desliga al banco de una cadena que en aquellos tiempos fué tal vez conveniente establecer, pero que hoy ya no tiene razón de existir: es la exigencia de que el banco no acuerde créditos sino á dos firmas. Establezco en este proyecto que en vez de dos firmas sean una ó más; que tenga el banco

la libertad completa de dar á una sola firma, cuando la considere de bastante responsabilidad, ó de pedir dos, cinco, diez firmas, según le parezca conveniente para garantizar sus intereses. En el Banco de la Provincia se estableció esta misma regla que pasó al de la Nación; pero el año 60, convencidos ya los directores y el Gobierno de las dificultades que traía el exigir siempre dos firmas, fué derogada la ley que lo imponía, y desde entonces los hechos probaron que aquella medida de seguridad era inútil. Ahora vamos á ver, con la estadística en la mano, si las dos firmas garanten más los créditos que se acuerdan por el banco. Resulta de ella que el Banco de la Provincia de Buenos Aires, desde el 54 al 85 ha sufrido pérdidas sobre los créditos acordados, en la proporción de 0,87 %, mientras que el Banco de la Nación, con sus grandes seguridades con este testamento, con esta *via-crucis* que se impone á todo el que pide ha perdido desde el año 94 al 98, 1,33 % en la ciudad y 61 % en las sucursales. Así, pues, vemos que la seguridad de las dos firmas no ha dado ventajas de ningún género. Pero esto, no sólo ocurre entre nosotros. Tenemos un dato muy curioso, dado por una de las autoridades más competentes en esta materia, por Mr. Du Puynode. Dice en su libro sobre «La moneda, el crédito y el impuesto» lo siguiente:

«Jamás hubo la presunción de las dos firmas en ningún banco norteamericano, y aún así no perdieron en sus préstamos durante veinte años más de 3/5 %, ó sea 0,50 %».

Mientras tanto, los bancos europeos que exigen más de dos firmas nunca perdieron menos; y en Inglaterra la estadística muestra que se ha perdido un poco más».

En virtud de la experiencia que tenemos me parece que ha llegado el momento de modificar eso.

Preciso es que modifiquemos el sistema que obliga á efectuar una cantidad de operaciones que perturban el orden interno de los negocios, acarreando muchos males.

El buen ojo del banquero está en saber acordar crédito á quien lo merece y acordarlo en buenas condiciones. Ac-

tualmente, las precauciones que se tomaron son ineficaces, porque se llevan el dinero, tanto los individuos que tienen como los que no tienen.

Antes de terminar, voy á hacer un pequeño paralelo rápidamente entre este tesoro proyectado por mí y el tesoro proyectado por el Poder Ejecutivo.

El tesoro del Poder Ejecutivo se hará en mucho tiempo, y si se hace se hará con muchas dificultades, con gran cantidad de estorsiones; ese tesoro ha de costar muchas penas al contribuyente y grandísimas penurias á las provincias que, para formar ese tesoro, han de tener que suprimir una cantidad de pequeñas necesidades.

Ese tesoro, si se forma, tendrá por resultado final, como lo dije en la sesión anterior, el desaparecer en un momento de conflicto del país; y, si no desaparece, será un obstáculo para la grandeza y felicidad futura de la República.

No se puede, señor Presidente, impunemente arrancar de pueblos pobres 50 ó 60 millones de pesos y encerrarlos en una caja; no es necesario hacer eso: lo que yo propongo, es establecer un tesoro para fomentar todos los trabajos, para que la riqueza se restablezca, para hacer por este medio que surja una fuerza poderosísima capaz de combatir con el curso forzoso y dominarlo, porque al fin y al cabo recordemos que cuando el oro estaba á 400, el actual miembro informante de la Comisión en mayoría tuvo el vigor de sofrenarlo tanto, que hasta la fecha hemos ganado 200 puntos sin esfuerzo de ninguna clase, no por medio de leyes del Gobierno ni por medio de leyes de conversión. No, señor Presidente, hemos ganado esos 200 puntos mediante la producción del país, que es lo único en que real y verdaderamente tengo fe.

—Aplausos en la barra.

En síntesis, señor Presidente: en el tesoro del Gobierno se quiere tomar semilla rica, fecunda y encerrarla para que no produzca nada. Yo, en cambio, quiero sacar esa semilla, esparcida en todo nuestro territorio, y hacer surgir la ri-

queza que debe dominar en nuestro país.

Ignoro la suerte que ha de tocar á mis proyectos; no me preocupo de ello. Si ellos encierran la verdad, aunque derrotados, han de surgir; porque á la verdad no se la confunde eternamente. Si ellos son un error, será el primero que me felicitaré de ser derrotado. Las opiniones de un hombre valen muy poca cosa cuando se trata de los grandes intereses del país.

Pero, señor Presidente, yo dejo constancia de que en la región serena de las ideas, la única autoridad, la única, ante la cual me rindo y venero, es la verdad; así entiendo cumplir bien mis deberes de ciudadano y de senador de la República.

He dicho.

—Aplausos.

Sr. Ministro de Hacienda—Pido la palabra

Señor Presidente: Yo comprendo mi desventajosa posición al entrar en este debate, no solamente porque me corresponde hablar después que el honorable Senado ha escuchado los dos elocuentes discursos de los señores senadores que me han precedido, sino también porque la exposición brillante del miembro informante de la mayoría ha comprendido todas las cuestiones en su conjunto y en sus detalles, y en muchas de las cuestiones conexas.

Yo me voy á ocupar, desde luego, de contestar las observaciones que ha hecho el miembro de la minoría, levantando previamente algunos cargos ó reparos que ha dirigido al Ministro de Hacienda, relativos á la forma en que este proyecto ha sido presentado y á la falta de informes y documentos que él ha notado.

Lamento que el señor senador haya venido á hacer recién esta observación y no me haya pedido informes antes, que él debía suponer existían, porque en el mensaje del señor Presidente de la República se expresa que esta cuestión preocupaba al Gobierno desde mucho tiempo; que se había estudiado y se habían recogido informes y opiniones.

La Comisión solicitó un informe sobre el Banco de la Nación, é inmediatamente se le remitió.

Vamos á ver cuáles son los informes á que el señor senador se refiere.

Desde luego, él manifiesta que se han estudiado los inconvenientes de la depreciación del papel, pero no ha sucedido lo mismo con los del fenómeno inverso, que es el que afecta más los intereses del país, y que para estudiarlos no basta la inteligencia de un hombre, lamentando que el Gobierno traiga una cuestión tan grave para ser tratada casi sobre tablas, tomando casi desprevenido al Congreso.

El señor senador por Salta se queja de que el Gobierno no haya nombrado una comisión de personas competentes que estudien esta influencia de la valorización del metálico, obligándole á recurrir á datos é informaciones extrañas, trayendo el bagaje propio con las opiniones de Goschen y otros autores, respecto de la valorización.

Si el señor senador me hubiera preguntado ó me hubiera pedido datos sobre este punto, le habría dicho: no he nombrado esas comisiones por considerarlas innecesarias.

Ese fenómeno de la valorización está regido por una ley invariable, por una ley que tiene tanto imperio y tanta regularidad como las leyes de la naturaleza; por consiguiente, lo que yo le debo dar es la ley, y la ley se encuentra en cualquier manual de finanzas.

El señor senador ha dicho que se ha estudiado y conocido la influencia que tiene el alza del cambio, pero lo que se tiene que estudiar es la influencia de la baja del cambio.

Bien los fenómenos que se desarrollan son exactamente iguales, pero á la inversa completamente, y obedecen á esta ley, que puede formularse así: «la baja disminuye las exportaciones y aumenta las importaciones; la suba disminuye la importación y aumenta la exportación».

¿Cuál es el motivo? Es muy fácil explicarlo.

Los efectos que ejercen el aumento ó disminución del agio, se reflejan diversamente sobre los distintos artículos, cosas ó bienes. Respecto de unos, la ac-

ción es inmediata; respecto de otros, es más débil. Otros van siendo así sucesivamente menos sensibles á esa influencia, y al fin hay algunos que son completamente refractarios.

Tenemos, por ejemplo, los frutos del país. Estos son muy sensibles á la influencia del agio, por una razón muy sencilla: porque los frutos del país se venden según el precio del mercado internacional, y por lo tanto, el precio de estos artículos vendidos á oro se traduce en billetes que recibe el productor, y éste tiene que recibir más ó menos billetes, según suba ó baje el oro.

Los artículos que se importan son también muy accesibles á esa influencia, pero no tanto como los anteriores, porque tienen que luchar: primero con los *stocks* que encuentran en los depósitos de los mayoristas y minoristas, adquiridos á más alto precio, y después con las distancias, con la costumbre misma de la clientela á los precios establecidos y también con el poco deseo de bajarlos por parte del vendedor.

De manera, que cuando van al consumo esos artículos, no reflejan con fidelidad el precio del oro. Vienen después los artículos nacionales similares á los extranjeros.

Se produce respecto de ellos el mismo efecto que respecto á los importados en virtud de la ley de la competencia.

En seguida vienen los productos nacionales, que casi no obedecen á esa influencia porque no sufren la competencia. Vienen los salarios. En cuanto á éstos no se mueven, se cristalizan durante mucho tiempo, y si se mueven es con suma lentitud. ¿Por qué motivo? Porque es difícil á los patrones bajar los sueldos, pues los empleados ó jornaleros han arreglado su vida á sus sueldos ó jornales y el estado de inconversión mantiene la carestía.

Después viene la resistencia de los mismos á la disminución, viene la lucha, las huelgas, vienen todas esas dificultades, y así muchas veces pasan años sin que sea posible volver á la normalidad; vienen en seguida los arrendamientos, que no se mueven por la resistencia de los propietarios. En cuanto al precio de los bienes inmuebles es también muy lento en el descenso.

Todas estas gradaciones son precisamente las que traen el desequilibrio.

Veamos, por ejemplo, lo que sucede en la agricultura: hay baja, los productos los venden los agricultores por el precio del mercado internacional; pero todos los elementos del costo de producción, que son los salarios, los arrendamientos, los impuestos y los artículos de producción nacional que se emplean para la explotación permanecen insensibles, y, por lo tanto, como decía el señor senador por Salta, si el costo de la producción está á trescientos y los productos se venden á doscientos, hay pérdida, y el agricultor sufre y se desalienta. Esto obedece á una ley económica, y basta su conocimiento para darse cuenta exacta de esos fenómenos.

El Poder Ejecutivo no ha tenido, por lo tanto, que nombrar una comisión para averiguar los efectos de la valorización que pueden fijarse de antemano con exactitud.

La segunda observación que ha hecho el señor senador, se refiere á la facultad de intervenir en la moneda. El ha dicho: esta intervención no parece bien establecida; algunos pretenden que los poderes públicos no deben intervenir en la moneda y otros pretenden que sí.

El señor senador cree que debe intervenir en virtud de que es un acto de soberanía.

Respecto de este punto, yo participo completamente de la opinión emitida por el señor senador.

El derecho de intervenir en la moneda resulta de una cláusula constitucional, que acuerda al Congreso el derecho de fijar las monedas, de darles valor, tanto á las del país como á las extranjeras.

Esta prescripción constitucional ha sido estudiada. El Poder Ejecutivo no tenía nada más que referirse á esos estudios. No sólo ha sido estudiada, sino que ha sido aplicada por el honorable Congreso.

En el año 1885 se suscitó esta cuestión, y se declaró que la facultad de intervenir era ilimitada.

Hay, por otra parte, sentencias de la Corte Suprema, que han reconocido la constitucionalidad de la ley de 1885, que dictó el curso forzoso.

Creo, pues, que respecto de este punto, el Poder Ejecutivo tenía que atenerse á lo que ya estaba establecido por el honorable Congreso. Por lo demás, ¿qué clase de averiguación podía hacer en este caso? ¿Podía confiar esto á una comisión de jurisconsultos, para que estableciera si el Congreso tenía ó no facultad de intervenir cuando el Congreso ya había intervenido varias veces? Sería esto, me parece, inconveniente.

Entiendo, por otra parte, señor Presidente, que estas cuestiones monetarias no pueden resolverse con espíritu abstracto, con ideas doctrinarias, que son cuestiones á las que están ligadas los más vitales intereses del país, que son cuestiones que afectan á todos, que son cuestiones de orden público, y que, por lo tanto, no pueden resolverse por los ápices del derecho.

Estas cuestiones tienen que ser discutidas y resueltas por los hombres públicos que tienen la responsabilidad de sus actos, por cuanto son cuestiones que, como he dicho, afectan grandes intereses y están erizadas de dificultades. No se podría aplicar á ellas los principios de estricta justicia. ¿Y cómo se podría, aplicando tales principios, haber dictado el año 85 la ley á que me he referido anteriormente, en virtud de la cual se declaró el curso forzoso; con el carácter ofensivo de la retroactividad; dando derecho á cancelar con la moneda de papel las obligaciones contradas con anterioridad al 9 de enero del mismo año?

Es que este poder ha sido reservado al Congreso, porque muchas veces puede depender de su ejercicio la tranquilidad pública ó la salvación del país, de un conflicto, de una crisis ó de una guerra.

Resulta, entonces, que el Poder Ejecutivo no ha tenido que someter á nuevos estudios un punto que en su concepto no podía ofrecer dificultad, esto es, la facultad limitada que tiene el honorable Congreso de intervenir en la moneda.

Olvidaba también decir que el señor miembro informante de la minoría había notado que no se ha hecho constar por el Poder Ejecutivo el estado de pobreza en las provincias, por cuanto con-

sideraba esto como un elemento conveniente que debía ser traído al Congreso para saber cual era la influencia que había ejercido hasta ahora la valorización del papel sobre las clases trabajadoras.

Yo pienso, señor Presidente, que para averiguar las condiciones en que se encuentra el trabajo, lo más conveniente es averiguar cual es el movimiento de la inmigración, porque la inmigración es, se puede decir, el termómetro que nos revela si las industrias languidecen, si hay ó no trabajo; y, según los informes que el Poder Ejecutivo ha recogido, la inmigración va disminuyendo notablemente día por día; así es que habiendo en el año 1895 quedado como saldo entre las entradas y salidas en el país siete mil quinientos inmigrantes mensuales, más ó menos, en el año 1897 han sido cinco mil y tantos, en el año en el año pasado tres mil y tantos, y en este año, hasta ahora, han quedado mil mensuales, lo que demuestra una notable disminución.

Yo creo que hay aquí dos hechos que principalmente tienen que servir, de punto de partida.

Desde luego es un hecho que durante estos últimos quince años en que hemos estado bajo el régimen de la inconvertibilidad de nuestra moneda, con una alta depreciación, las condiciones económicas del país han cambiado completa y radicalmente, y que á esta transformación han venido á amoldarse todas las cosas, todas las relaciones, todas las condiciones del trabajo, todos los servicios, todos los salarios en una palabra, todo nuestro modo de ser económico.

Tenemos, por ejemplo, que durante estos últimos diez años hemos tenido, según las tablas de cotización de la bolsa, un término medio que pasa de trescientos puntos, y desde octubre de 1890 hasta octubre del 93 el cambio ha estado siempre á un nivel superior á doscientos cincuenta.

Entonces se puede asegurar que todas las cosas, es decir, todos los salarios, todas las empresas, todos los negocios se han nivelado á ese precio.

Y bien; esta situación va siendo modificada por la baja del cambio que amenaza derrumbarla afectando espe-

cialmente con su acción deprimente á la agricultura. Este es el primer hecho; el otro es el siguiente: existe una emisión de trescientos millones de pesos, más ó menos, que no tiene garantía alguna, que anda fluctuando á merced de los impulsos que le imprimen el agio, la especulación ó las necesidades de la circulación.

Es sabido como este movimiento continuo del oro es funesto á nuestra economía nacional, cómo embaraza las empresas, cómo desalienta todo aliciente, cómo paraliza nuestra misma vida económica y como, en fin, viene á propender al desarrollo del espíritu de juego y disipación. La verdad es que no podemos tener seguridad en una moneda que está en continua movilidad y que á veces tiene oscilaciones violentísimas.

El año pasado, por ejemplo, sin remontarnos muy lejos, durante los últimos tres meses la moneda se apreció en un veinticinco por ciento, lo que es enorme para volver después, á los tres meses á perder un catorce por ciento de su valor y en seguida seguir en sus continuas variaciones. Hay, pues, dos males: la baja del cambio que amenaza á nuestras industrias y también con derrumbar toda ese estado de cosas que los acontecimientos han creado, y el mal de antigua fecha, de la inconvertibilidad.

El malestar que se nota, las dificultades que han tenido nuestras industrias, las pérdidas que han sufrido y están sufriendo, son signos que indican que estamos próximos á dificultades económicas muy serias: á una crisis en la producción del país.

En presencia de estos hechos, el Poder Ejecutivo ha considerado que los poderes públicos no podían permanecer indiferentes y dejar que el tiempo remediasse el mal, sin entrañar graves peligros para el país.

El Poder Ejecutivo ha considerado que renunciar á dar estabilidad á la moneda hasta llegar á la par, sería privar al país, durante una larga serie de años, del beneficio que reporta una moneda sana y estable. Ha pensado que estando amenazada la producción; que estando amenazada la agricultura, representada según el censo por un mi-

ción de almas; que estando también afectada la ganadería y todas nuestras industrias por efecto de la baja del oro era un deber ineludible remover todos aquellos obstáculos que pudieran dificultar la libre producción.

Sr. Guñazu—Entiendo que el señor Ministro tiene todavía mucho que decir, y como algunos otros señores senadores piensan tomar parte en este debate, siendo la hora avanzada, propongo que se levante la sesión.

—Apoyado.

Sr. Pellegrini—Hago moción para que tengamos sesiones diarias.

—Apoyado.

Sr. Presidente—Se va á votar primero la moción del señor senador por Buenos Aires por ser previa.

—Se vota y aprueba.

Sr. Presidente—Se va á votar si se levanta la sesión.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Eran las 5.30 p. m.

ANGEL MENCHACA,

Director de taquigrafos.